

El miedo a «nada a lo que aferrarse»

[Video n.º2: «Nada a lo que aferrarse»]

Comprendemos que el yo está vacío. Buscamos el yo verdaderamente existente, el yo real, pero no lo encontramos. No es unidad con los agregados ni existe separadamente de ellos; el yo en el que hemos estado creyendo como lo más precioso. Creemos, desde renacimientos sin principio, en que existe un yo real, precioso, lo más importante; un yo que existe verdaderamente, cien por cien cierto. Ese concepto no tiene origen; esa ignorancia no tiene origen. El concepto erróneo, el que hasta ahora hemos estado creyendo que es el yo, no tiene origen. Lo que hemos estado creyendo desde renacimientos sin principio, de repente, es completamente, totalmente no existente: no hay un yo al que aferrarse.

Aquello a lo que nos hemos aferrado desde renacimientos sin principio: resulta que no hay nada a lo que aferrarse. Es como aferrar el propio puño: no se va a ninguna parte, no escapará por la puerta o la ventana, no saldrá por la nariz o por las puertas inferiores, no se irá a la estación o a un aeropuerto... Sencillamente, allí está.

Aquello a lo que nos hemos aferrado desde renacimientos sin principio: de pronto comprendemos, descubrimos, que allí no hay nada. No va a ninguna parte, sencillamente está allí y de pronto comprendemos que no está allí. De repente entendemos que no hay nada allí que aferrar, y no porque se haya ido a otra parte.

Quizás podría compararse a una proyección, como cuando un objeto proyecta la sombra de un tigre. Hay algo que se asemeja a la sombra de un tigre, pero que no reconocemos; algo que, en cambio, creemos que es un tigre real. Y entonces una luz potente hace presencia y el tigre en el que hemos estado creyendo desaparece. No se va a ninguna parte, por la puerta o la ventana, sino que, con esa luz intensa, es inexistente. Vemos que es inexistente y que lo es allí mismo, vemos que aquello en lo que antes alucinábamos, que creíamos real, no está allí. No ha ido a ninguna parte y sin embargo de pronto observamos que allí no hay nada. No hay un yo al que aferrarse, un yo verdaderamente existente.

Aun así, ¿por qué tenemos la sensación de perder el yo? Ketsang Jamyang Monlam lo explicó. Se trataba de un gran bodisatva quien, una vez en que había peligro de aluvión en el monasterio de Tashi Lhunpo, escribió en una roca: «Si es cierto que tengo bodichita, el aluvión se alejará», giró la roca en la dirección del aluvión y el agua que se acercaba al monasterio se desvió. Ketsang Jamyang Monlam, el gran bodisatva, decía en su comentario sobre Mahamudra que la razón por la que sentimos que perdemos el yo es que desde renacimientos sin principio hemos creído que el yo existía verdaderamente. Eso prueba que no hay existencia verdadera en el yo meramente etiquetado: no hay existencia verdadera en el yo. Es el mostrar esto, el probarlo, la razón por la que sentimos que perdemos el yo. Lo más importante a conocer, lo más importante a poseer, es el conocimiento de que debemos pasar por ese miedo, del mismo modo en que, por ejemplo, tenemos que superar el miedo

cuando cruzamos un río. Tenemos que experimentar ese miedo y superarlo, y entonces podremos comprender la vacuidad, y éste es un conocimiento extremadamente importante. Cuando surge el miedo, no se trata de un temor común, puede que sea, quizás, incluso más profundo que el que surge cuando nos encontramos de repente ante un tigre. Puede que sea aún más profundo, porque hemos estado creyendo en el yo verdaderamente existente, en un yo real que existe desde su propio lado, desde renacimientos sin principio, y ahora nos damos cuenta de que está vacío. Y descubres eso sólo ahora: tan sólo ahora descubres tu yo, tu identidad; sólo ahora descubres tu yo, observas lo que es. *[Fin del video]*